

Alejandro Vicuña

Funcionario de otro tiempo



OS dejaron apoyados a mí, pimiento-cronista, y a mi gemelo en el pedestal del monumento, y luego se sentaron los peones sobre las gradas del mismo.

El más fornido de los mocetones sacó de entre su faja morada, un tanto desteñida por el uso y el tiempo, una pequeña bolsita del mismo color, y después de ofrecer sobriamente a su compañero el contenido, comenzó a liar él su cigarrillo. Crujía bajo la presión de sus toscos dedos la amarillenta hoja de maíz, mientras aprisionaba entre sus pliegues el polvo del tabaco, ultimando la confección del cigarrillo con la tradicional unción de saliva, aplicada en la hoja con la propia lengua del fabricante. Lució el fósforo, y luego comenzó a elevarse el humo desde la boca y narices de los fumadores.

Escuché el siguiente diálogo, enhebrado flojamente por los mocetones:

Capítulo II del libro *Memorias de un Pimiento*, que aparecerá próximamente.

Aunque parezca extraño, conocerá el lector las auténticas impresiones y recuerdos de uno de los viejos pimientos, que se levantan aún airosos en la Alameda santiaguina frente a las calles Ejército y Almirante Barroso.

En el capítulo aquí reproducido, recuerda el Pimiento cronista el lejano día en que fué el traslado de los viveros del Cerro Santa Lucía al sitio que actualmente ocupa.—N. del A.

—No tardará en llegar don Benjamín—dijo uno de ellos—; el patrón es muy puntual, aunque tiene tantas ocupaciones.

Una bocanada de espeso humo, y prosiguió:

—Cuando el mayordomo del Cerro nos despachó esta mañana con las plantas, dijo que a las once el señor Intendente llegaría al pie de la estatua nueva (1), donde deberíamos esperarlo con palas y barretas para plantar los pimientos.

—Y ya irán a ser las once; mira, si no, la sombra de los álamos, replicó el otro jornalero, silencioso hasta ese momento.

La vista de los peones se fijó en la sombra proyectada por los árboles del costado norte de la Avenida.

—Enojado parecía el mayordomo esta mañana, y se veían en su cara señales de haber llorado—prosiguió el primer trabajador—; lágrimas de rabia, seguramente, porque don Pedro es hombre muy entero. Mas, los asuntos de su casa, según dicen, van de mal en peor, procurándole graves molestias. Y ahora no puede desahogarse, castigando a su mujer, como lo hacía antes, porque ella se quejó a don Benjamín del mal trato recibido y el patrón a don Pedro, y le prohibió levantar la mano contra su mujer. Y muy bueno será el patrón, pero hay que obedecerle, porque no le gusta repetir las órdenes.

—En días pasados,—añadió el interlocutor—le tocó su ronca a Juan, el rondín, porque no mandaba su chiquillo a la escuela; pero le regaló al mismo tiempo el patrón cinco pesos para comprar los libros de estudio y un traje para el colegial.

—A José Dolores, el de los riegos—dijo el otro jornalero—le llamó la atención en días pasados porque su chiquillo estaba muy flaco, advirtiéndole que se moriría, si no lo atendía de manera especial con alimentos y medicinas. La propia señora del patrón, Misiá Victoria, llegó a los pocos días a casa de José Dolores con un paquetón de *charqui* y otro, de porotos. Le regaló

(1) La estatua dedicada a Buenos Aires, inaugurada el 17 de septiembre de 1874.

además un frasco, de esos que se compran en las boticas y llaman tónicos.

—Pero quien resultó más favorecida por el patrón fué la chiquilla de Tránsito, el de los viveros de plantas, que recibió un montón de ropa nuevecita, para que pudiera casarse pronto. Andaba la pobre de varios meses, y el de la avería no quería cumplir porque no tenía para vestir a la chiquilla. Y el mismo don Benjamín quiso apadrinar a la pareja.

—No sabe uno—observó el compañero—de dónde saca el patrón tiempo y memoria para atender a tanto asunto y persona. Porque dicen que en la Intendencia conoce también a cada uno de los empleados o trabajadores, y las circunstancias de sus respectivas familias; y les ayuda en sus necesidades, como lo hace con nosotros, los del Cerro. Y todavía, encuentra hueco y fuerzas para asistir y las reuniones de los obreros, donde los alienta a continuar asociados, y les da consejos muy útiles para la marcha y progreso de esas instituciones.

—Y yo he oído—dice el otro interlocutor—que el patrón escribe también libros y publica en los periódicos.

Callaron momentáneamente los jornaleros y miraron hacia la sombra proyectada por los árboles, para calcular la hora; pero, mejor que el reloj solar, la afluencia de colegiales por la Avenida, unos de subida hacia el Oriente, y otros hacia el barrio de la Estación, les indicó sin duda alguna la proximidad de las once de la mañana.

—Está por llegar el patrón—dijo uno de ellos—; los colegiales ya pasan para sus casas; van a ser las once.

Y se enhebran los comentarios sobre don Benjamín.

—Parece que el patrón hubiera estudiado el modo de hacerse igual a nosotros—dice uno de los jornaleros. Habla palabras como las nuestras, y sabe interesarse por las cosas que nos interesan. Aunque es duro para tratar cuando le han faltado, hay algo que denuncia, aun en esos casos, su rectitud y buen corazón. Es exigente para el cumplimiento de lo pactado, y le

gustan las cosas bien hechas: pero él también cumple y sabe recompensar con generosidad.

—Y qué decir—añade el otro—de la sencillez de sus maneras y del modo campechano que gasta con nosotros. No satisfecho con ser tan bueno, el caballero ha contagiado a su familia con esa sencillez y llaneza. Cuando Misiá Victoria y el Angelito (1) suben al Cerro para juntarse con el patrón, dirigen a cuantos trabajadores encuentran a su paso saludos y palabras cariñosas. Adiós fulano, dicen a uno; ¿cómo está tu mujer? preguntan a quien tiene la mujer enferma; y esto, fuera de los engaños para los más necesitados. ¡Qué comparación con otros ricos, tan estirados y temerosos de mancharse cuando uno se acerca a ellos!

—¿Te acuerdas del encuentro con la familia del patrón el último día de pago?

Y sonríen con satisfecha ternura al evocar la escena.

—Ya habíamos recibido la plata de la semana—continuó uno de ellos—y se aprestaba el patrón a retirarse con Misiá Victoria y su niñita cuando dice don Benjamín a su hijita: *Despídete de los trabajadores del Cerro, son nuestros amigos; y el Angelito pasó su manecita blanca a cada uno de nosotros. ¡Ah, si todos los ricos fueran así!*—terminó sentenciosamente el mocetón.

En seco se han detenido frente al monumento dos caballos *postinos*, escuálidos y sudorosos, tras agitada carrera. Rápidamente desciende del coche desvencijado el pasajero, y se siente el portazo, con ruido de tableros próximos a desarmarse. Algunas monedas al cochero, un respetuoso *gracias, patrón*, y luego otra vez en marcha el sufrido vehículo.

—¡A la obra, muchachos, y muy buenos días!, es el saludo

(1) La hija mayor de don Benjamín, de seis o siete años en esa época, y más tarde esposa del General Salvador Vergara.

del recién llegado a los jornaleros, quienes, sombrero en mano y de pie, replican al Intendente: Buenos días, y a sus órdenes, patrón.

—¿Todo listo? insiste don Benjamín. Es necesario proceder con rapidez, porque tanto ustedes como yo queremos irnos pronto a almorzar.

Sin pérdida de tiempo, colocándose junto a la gradería de la estatua de la Reina Mora (1), y mirando hacia la carretera norte de la Avenida, avanzó el Intendente cinco pasos y se detuvo, diciendo: —Tú, aquí, Eduardo, mientras con el índice un tanto regordete, señalaba un punto del suelo.

No dijo más, y cruzando por delante de la estatua, se ubicó al pie de la gradería, mirando ahora hacia el sur; dió los cinco pasos de rigor, y se dirigió al otro jornalero: —Aquí está tu tarea, Juan Luis; ¡al chuzo y a la pala, niños!

Cual movidos por un resorte, asieron los peones las herramientas, después de abandonar sobre las gradas de piedra los ponchos protectores.

Era de ver a esos hombres fornidos, manejando alternativamente la barreta y la pala, sacando chispas de las piedras, abundantes en el subsuelo, o volcando la tierra fuera del hoyo.

Los ojos del Intendente se volvían de uno a otro jornalero como justipreciando el esfuerzo de sus queridos peones; y los músculos de los trabajadores parecían vigorizarse bajo la cariñosa mirada del patrón.

¡Eran otros tiempos!

A partir de ese día ya lejano, en que contemplé el trabajo de esos bravos muchachos, preparando el terreno en que yo había de ser plantado, hasta hoy, a más de setenta años de distancia, ¿qué transformación se ha operado en las hechuras exteriores e interiores del trabajador chileno!

(1) Así era llamada la estatua dedicada a la ciudad de Buenos Aires.

Desde su indumentaria, —para comenzar por lo menos trascendental,— hasta la mentalidad y conocimientos ¡qué cambios tan profundos, y desgraciadamente, tan poco favorables!

Los peones, que preparan afanosamente un blando lecho para mí y mi hermano gemelo, protegen las plantas de sus pies con un grueso pedazo de cuero, asegurado por toscas correas a los empeines y tobillos. Tal sistema de calzado favorece la flexibilidad de las extremidades, y sobre todo, la libre respiración de la piel en partes tan afectadas por rudo ejercicio.

Las piernas se muestran desnudas desde las rodillas hacia abajo, y en su parte superior se ocultan bajo un pantalón de robusta tela, un tanto arremangado para facilitar los movimientos de los trabajadores y evitar al mismo tiempo su deterioro por las contingencias de la tarea realizada. Una ancha y larga faja, de subidos colores, y capaz de dar varias vueltas alrededor de la cintura, sujeta los pantalones y defiende el organismo de los peones contra los peligros del violento ejercicio a que se entregan.

Chaquetilla oscura, de estrechas y cortas mangas, que apenas alcanza a la cintura, deja ver la camisa blanca, abierta en la parte superior del pecho.

Cuando cesa el trabajo, se enfundan los trabajadores dentro del *poncho* (1), o si la dulzura del tiempo lo permite, lo colocan doblado sobre uno de sus hombros.

Indumentaria cómoda, higiénica, pintoresca y bien calculada para el trabajo.

Pero no siempre el criterio de un pimiento es compartido por los hombres, ansiosos de novedades, y agitados por pasiones muchas veces incomprensibles para nosotros los árboles.

(1) Manto, con un orificio en el centro, por donde introduce la cabeza quien lo lleva. Descansa sobre los hombros, y cae holgadamente sobre el cuerpo, alcanzando sus extremidades hasta las rodillas.

¿Podría entender, por ejemplo, un pimiento como yo, que sea desdoroso y humillante para un hombre mostrar desnudos sus pies, y no lo sea, llevar las manos sin protección alguna? ¿No son igualmente bellas o deformes ambas extremidades? ¿No lucían la blancura y líneas de sus pies las hermosas de Atenas y Roma? Creso y Cleopatra, o sea la riqueza y la elegancia ¿ocultaban, por ventura, sus empeines y talones?

Se comprende que la planta del pie, sensible y delicada, y todavía expuesta a las asperezas de caminos y senderos, a las hostilidades de guijarros y abrojos, sea protegido contra las inclemencias del suelo; y por eso, desde épocas inmemoriales usaron los hombres en esa parte del pie láminas de cuero, esparto u otros tejidos consistentes; pero no puede decirse lo mismo de las envolturas o terribles cepos, que en los tiempos actuales aprisionan las extremidades destinadas a la marcha.

¡Y en qué condiciones desventajosas ha sustituido el peón su tradicional ojota por las telas y cueros que hoy torturan sus pies!

Bastante dinero necesitan las gentes educadas y pulcras para mantener en condiciones higiénicas y estéticas las dos prendas con que cubren sus pies, y todavía al precio de vigilancia continua y moderación en sus ejercicios corporales.

Sin estas precauciones y diligencias, el uso de tales admículos se convierte en origen de desagradables molestias.

¿Qué decir, entonces, del uso de calcetines y calzado en individuos de escasos recursos, de poca vigilancia sobre su persona, y entregados, por sus oficios, a continuo movimiento material?

En el curso de mi larga existencia, he sentido cruzar bajo mi sombra protectora a multitudes compactas, enardecidas por la ira o patrióticos entusiasmos; y ha experimentado mi follaje en tales momentos ese ligero temblor que originan los vapores exhalados por las tierras húmedas recalentadas por el sol, o las lenguas de fuego de cercana hoguera. Si estuviéramos dotados

los árboles del sentido del olfato, sería capaz de añadir alguna otra impresión de mi cercanía con esas multitudes.

La complicación y multiplicación de las prendas de vestir han producido desastrosos resultados en la higiene popular y en la presentación estética del trabajador chileno. Imprevisores y poco cuidadosos de su persona, no disponen los obreros de un acervo abundante de prendas interiores y exteriores, indispensable para su oportuna remuda o sustitución definitiva. De ahí la gráfica expresión, que resume el desaseo y chocante espectáculo del pueblo trabajador: *Usan las prendas de vestir hasta que se les caen solas.*

Y ya que engolfado estoy en disertaciones caseras, formularé una hipótesis sobre el origen de estos cambios en la indumentaria popular.

¿No corresponderá el aumento de las prendas de vestir más que a exigencias de los mismos trabajadores, a la propaganda de productores o comerciantes, interesados en aumentar el giro de sus negocios, y por tanto, de consumidores de sus mercancías?

En tal caso, el pobre y querido *roto* habría sido víctima de un nuevo engaño.

Porque, en verdad, si la higiene y la estética salen mal libradas con la actual indumentaria obrera, ninguna satisfacción razonable logra tampoco el amor propio de quienes han transformado su modo de vestir, pues siempre la diferencia de clases y de bienes materiales se presenta en forma irritante en calles y plazas de la ciudad; y todavía, con una agravante en contra de la vestimenta actual de los pobres: Se siente mayor repugnancia por el desaseo y los harapos complicados que por el traje tosco y primitivo; y se rehuye más la compañía de personas vestidas con hábito pretencioso y raído que de las cubiertás por indumentaria sencilla y pintoresca.

Y si abandonando la digresión sobre trajes, ahondamos hasta los cuerpos por ellos protegidos, ¡cuánta diferencia entre los peones, robustos y bien plantados, que cavan afanosamente la tierra a la vista complacida de don Benjamín, y los que habían de sucederles en el curso de los años, entecos, desgarrados y de vigor en decadencia!

¿Dónde se hallan ahora los esforzados cargadores de otros tiempos, que en los puertos, faenas campesinas, forestales o mineras, llevaban sonrientes sobre sus hombros, y todavía con ligero andar, sacos, fardos, maderos o lingotes, cuyo peso convertiría en acordeón plegado a los peones de la generación actual? ¿Dónde, los robustos barreteros, que hundían su instrumento en las entrañas de la tierra, como si lo hicieran en masa esponjosa, o sabían sacar chispas, cuando duras piedras se oponían a su penetración?

Esos brazos vigorosos e incansables, que con tanto éxito manejaban las herramientas del trabajo, eran los mismos que empuñaban la espada en momentos de angustia patriótica, y sabían defender con ella los fueros de su tierra.

A tales hombres, de *pelo en pecho*, ha sucedido otra generación, enclenque, de salud precaria, y de condiciones mediocres para el trabajo. Las mismas dimensiones corporales, desarrollo de los músculos y caja torácica, han disminuído en ella hasta proporciones cercanas a la degeneración racial. Su rendimiento en las faenas ha mermado notablemente, con grave desmedro de la economía general.

Año a año he venido verificando esta decadencia tristísima, al contemplar desde este sitio, estratégico para variables observaciones, el paso de las tropas nacionales, camino de la elipse del Parque, donde presentan la gran parada militar de las Fiestas Patrias (1).

(1) Frente a los pimientos pasan las tropas del ejército, en su trayecto hacia el Parque Cousiño, donde tiene lugar la revista tradicional del 19 de septiembre.

En otra época la apostura de soldados y oficiales, fuertes y bien alimentados, despertaba el entusiasmo y admiración de las multitudes que los veían desfilar.

¡Qué gallardía y marcialidad había en el porte y andar de esos hombres, a quienes confiaba Chile la defensa de su integridad y honor!

Líbreme Dios de juzgar a la nueva generación menos valiente o amante de su país. Pero yo he visto en el transcurso de los años disminuir el vigor y robustez del hombre uniformado con las insignias de la patria hasta límites capaces de impresionar al ser más desaprensivo. No existe en su rostro el brillo vital, ni en sus miembros los músculos de otros tiempos y hasta tal punto han menguado las formas corporales que los uniformes parecen sobre muchos de los desfilantes bailar como si fueran llevados por maniqués en movimiento.

La alegría del trabajo, la satisfacción de cumplir buenamente una tarea, resplandecen en los rostros bronceados de los peones, mientras cavan la tierra, para asentar en seguida mi raigambre. No economizan ellos su esfuerzo o *sacan la vuelta* a la faena voluntariamente aceptada, sino que procuran realizar en el menor tiempo posible y en la forma más adecuada las órdenes de su patrón, don Benjamín.

Si el Intendente mira a sus bravos trabajadores, no lo hace en son de vigilancia, sino de cariñoso estímulo y señal de solidaridad en la obra realizada. Entre patrón y obreros circula una corriente de simpatía, ampliamente provechosa para la rendición del trabajo y alivio de los trabajadores.

Veo brotar en la frente de esos hombres rudos, y aún deslizarse por las mejillas tostadas, abundantes gotas de sudor: es un homenaje a la condición humana, un acatamiento de la ley del trabajo, el cumplimiento de la maldición o bendición del Paraíso: *Regarás la tierra con el sudor de tu rostro.*

¡Qué alcance regenerador tiene para la salud, corporal y

moral de esos bravos peones, ese despliegue de energías, purificador de la sangre y libertador de humores perjudiciales para el espíritu y el organismo!

La *gota gorda* arrastra consigo residuos venenosos de bebidas embriagantes y de otros excesos a que se entregan esos peones; y gracias a esa válvula de escape, resultan menos profundos en sus organismos los estragos del vicio. Si resisten aún vigorosos a las intemperancias, y mantienen en su espíritu la alegría de vivir, y cierta bonhomía en medio de sus estrecheces materiales, débese ello a la *gota gorda*, medicina de la naturaleza, que purifica el organismo y predispone a un descanso reparador.

En el correr de los años, se abominará entre los trabajadores manuales del esfuerzo material, y nada habrá entre ellos más ignominioso que sudar la *gota gorda*, o *echar los bofes*, como repetirán estúpidamente en sus momentos de indignación y rebeldía. Las consecuencias se harán sentir con natural crueldad. Envenenado el organismo con sustancias nocivas, expelidas en otro tiempo por el ejercicio entusiasta del trabajo material, y más envenenado aún su espíritu con esa falta de higiene natural, su vida se convertirá en un martirio, y la convivencia de patrones y obreros será una lucha permanente de mortales enemigos.

La franqueza, lealtad y respetuosa deferencia, gastadas en otra época en las relaciones de los subalternos con sus jefes económicos, se convertirán en fría reserva y sorda enemistad de los de abajo hacia los favorecidos por la fortuna. No más armonía, ni cristiana fraternidad entre ricos y pobres: ha nacido el odio, el odio entre clases, sin fronteras en el espacio y el tiempo.

La máquina, colaboradora del hombre en sus ansias creadoras de bienestar y riqueza, favorecerá la pereza de las masas trabajadoras, y les ahorrará hasta cierto punto ese esfuerzo material, que salvaba en otra época su salud física y moral. En adelante, no experimentará el obrero el saludable cansancio del trabajo, sino el aburrimiento desmoralizador de desempeñar un papel secundario frente a la máquina absorbente.

Han transcurrido algunos minutos, durante los cuales he contemplado a esos robustos muchachos, que trabajan afanosamente; y avanzando en el camino del tiempo, he comparado su esfuerzo y mentalidad con el esfuerzo y mentalidad de quienes hoy llevan a cabo tareas semejantes. Pero, he aquí los hoyos terminados y a don Benjamín, introduciendo su mano derecha en un saco de tierra vegetal, apoyado junto a nosotros en el pedestal de la *Reina Mora*. Con gesto de experto conocedor, tantea entre sus dedos un puñado del polvo de hojas, y arrojándolo de nuevo al saco, dice con su voz ronca a los obreros, en espera de sus órdenes:

—Está buena la tierra. Estos santiaguinos creen que para tener hermosos árboles, basta plantarlos y de vez en cuando regarlos. Si hubieran cavado alguna vez el suelo en esta Avenida, se habrían convencido de la dificultad de tener árboles bien desarrollados en un antiguo lecho de río, en este pedregal inhospitalario. Pero, en fin, a la gente hay que hacerle el bien por fuerza. A ver, muchachos, repartan este abono entre los dos hoyos, antes de colocar los pimientos.

La rica tierra de hoja caía luego sobre las pequeñas profundidades abiertas, cubriendo las piedras de río y otras sustancias hostiles al desarrollo de una planta. En seguida, como tiernas criaturas, en brazos de los peones éramos transportados yo y mi hermano gemelo, cada cual hasta el borde de su sitio respectivo, y después colocados rectamente sobre el blando lecho de polvo de hojas, rellenándose nuestros contornos con abundantes paladas de tierra arrojadas por los trabajadores.

Tuve yo una suerte, de que no participó mi gemelo.

La mano izquierda de don Benjamín me mantenía erguido y centrado en el hoyo, mientras cubrían de tierra mis raíces y parte interior del tallo; y no olvidaré fácilmente cómo con su mano derecha cortaba el Intendente alguna hojas secas o dañadas de mis tiernas ramas, diciendo entretanto al jornalero:

—Hay que extirpar lo malo, para que prospere lo bueno,

muchacho. Eso se aplica a todas las manifestaciones de la vida, y sería muy útil que reflexionaran sobre este principio los chilenos.

La tarea está terminada, y los dos pimientos nos hallamos erectos y prontos a arraigar en el nuevo pedazo de tierra, amorosamente preparado por ese Intendente único, que todo lo veía y atendía personalmente en el desempeño de su cargo. Pero la última orden aún no ha sido impartida.

Y resonó de nuevo la ronca voz de don Benjamín.

—Colocar los tutores, bien firme, muchachos; y luego, tres baldes de agua a cada pimiento; *Y en el nombre sea de Dios*, como decían nuestros padres.

Algunas monedas, pocas, porque sus bolsillos ordinariamente estaban vacíos, deslizó luego don Benjamín en las manos de sus buenos colaboradores, diciéndoles cariñosamente

—Para el *carrito*, muchachos; y hasta mañana, en el Cerro.

Sonó el portazo de un coche de posta, y desapareció el Intendente.

No llegaba todavía el sol a su cenit.